



MOIXENT Y EL GUERRER

Heliodoro Ibáñez BARGUES

¿Cuántas veces hemos oído hablar del *Guerrer de Moixent*? ¿Y de *Les Alcusses*? ¿Nos suenan de algo los *íberos*? ¿Algo demasiado lejano, allá por los años del bachillerato? Todas éstas eran preguntas que me habían venido a la cabeza más de una vez y que al fin decidí resolver de la manera más activa que podía.

Aquella mañana de principios de mayo, a pesar de haber tenido una noche fresca, el sol caía con fuerza y el suave viento de poniente dejaba una vista limpia y clara. Por la carretera circulaban pocos vehículos y unos veinte kilómetros tras pasar Xátiva en dirección a Almansa, encontramos un pequeño pueblo en la ladera norte de la Serra Grossa y a los pies de una antigua torre mora: era Moixent.

Perteneciente a la comarca de La Costera, Moixent era un pueblo tranquilo y abierto, de gentes afables, buen comer y mejor beber. Al primer contacto, sus lugareños nos recomendaron la visita a diversos parajes y monumentos como el Museo Arqueológico Municipal, la *Bastida de les Alcusses*, la Necrópolis del *Corral de Saus*, el Castillo, la Iglesia, el *Bosquet*, la Cueva de Patas, etc. Pero no disponíamos del tiempo suficiente para disfrutar de todo ello, por lo que tuvimos que elegir.

Lo primero que visitamos fue el Museo Histórico-Artístico Municipal, de carácter arqueológico, ubicado en la Capilla de las Santas Reliquias. En él pudimos contemplar bellas vasijas, adornos y cerámicas procedentes de *La Bastida de Les Alcusses*; fragmentos de armas, pondus y fusayolas; restos arquitectónicos de la Necrópolis del *Corral de Saus*; una escultura mitológica procedente de una de las tumbas íberas; y como no, el *Guerrer de Moixent*. Aunque era una reproducción a mayor escala del original, esta estatua de bronce, transformada en símbolo no solo de Moixent, sino de toda la prehistoria valenciana, no nos dejó impasibles, ya que hizo avivar en nosotros un deseo por seguir con nuestra visita y

reencontrarnos con aquello que nos habían legado nuestros antepasados.

Seguimos nuestra ruta con la Torre mora o *Torre dels Coloms*, a la que se accedía por una senda en forma de escalera. Se trataba de una torre aislada y alta, que formaba parte de un antiguo castillo árabe de época almohade, de finales del siglo XII: un monumento emblemático del paisaje mogentino. Su función era dar cobertura defensiva y alerta a su castillo, impidiendo al enemigo acercarse a la villa.

De camino hacia el castillo se encontraba la Iglesia parroquial, de estilo neogótico, en honor a San Pedro Apóstol. Construida entre 1880 y 1889, presentaba un campanario de aguja y un rosetón acristalado en su interior.

Para comer degustamos el gazpacho, un plato típico, que regamos con un excelente vino de la tierra, y de postre probamos los *moixentins*, unos dulces especiales de almendra.

Después de comer y tras informarnos que *La Bastida de les Alcusses* no abría hasta primera hora de la tarde, decidimos ver el *Bosquet*, entorno natural





declarado Bien de Interés Cultural. Desde el pueblo llegamos a él por un angosto y bello barranco. Se trataba de un hermoso lago artificial creado hacia 1770 con el fin de retener las aguas fluviales y de manantial para regar las huertas y hacer trabajar los molinos de la villa. El paraje, poblado de frondosos pinos y encinas centenarias, invitaba a recorrer sus senderos y, por qué no, a darse un refrescante baño.

El día avanzaba y el sol seguía su trayecto por la eclíptica hacia el oeste. Ya entrada la tarde, nos dirigimos hacia la última parada de nuestro viaje: *La Bastida de Les Alcusses*.

Situado a unos ocho kilómetros del núcleo urbano, entre viñedos y masías, este poblado íbero, uno de los más importantes de la Contestaina en el siglo IV a.C., se asentaba en la cumbre de un cerro de la *Serra Grossa*, a poco más de 700 metros sobre el nivel del mar. Este asentamiento había constituido una magnífica fortaleza desde la que se dominaba la *Vall de Montesa*, por donde antaño discurría la célebre *Vía Augusta* y que comunicaba las tierras mediterráneas con el interior.

El acceso al poblado estaba presidido por una gran explanada seguida de una pista forestal que abocaba a la entrada del mismo. Allí nos recibió el guarda. Aquel moixentí, que había sido pastor unos años antes, conocía el lugar como nadie. Vivía todo lo relacionado con Les Alcusses y había participado en las excavaciones del yacimiento. Se llamaba Vicent.

Lo primero que nos enseñó fue la casa íbera. Se trataba de una reproducción única en la que se daba a conocer el modo de vida de nuestros antepasados pobladores. Tras ello, iniciamos el recorrido bordeando las murallas, o lo que quedaba de ellas, por la vertiente norte. Eran los restos de una doble muralla que había llegado a alcanzar los cinco o seis metros de altura y que cercaba la urbe. A ésta se accedía por cuatro puertas diferentes controladas por grandes torreones, hoy casi derruidos. Ya en el interior, nos explicó que el poblado había sido habitado por unos mil habitantes, en un recinto amurallado de tres hectáreas y media, de las seis totales que tenía La Bastida.

Vicent nos informó que las ruinas de Les Alcusses fueron descubiertas en 1909 por Luis Tortosa, e inmediatamente se iniciaron las excavaciones. Entre 1928 y 1931 se llevaron a cabo cuatro campañas y se puso al descubierto unos doscientos cincuenta recintos murados que eran tan solo una cuarta parte del total del poblado. Ese mismo 3 de junio de 1931, La Bastida de les Alcusses fue declarado Monumento Nacional. Más tarde, en los años 90, se retomaron los trabajos de recuperación y se identificaron nuevos conjuntos de edificaciones de posible función sacra o palacial.

Continuó explicándonos que en las excavaciones se obtuvieron numerosos objetos de cerámica, vasos griegos, herramientas, armas, y joyas. Pero que de todos estos restos arqueológicos destacaba una pequeña estatua de bronce, de poco más de siete centímetros de altura: el Guerrero de Moixent. La figura, descubierta en 1931 por Vicente Espí, representaba a un guerrero ibérico montado a caballo y armado con un escudo y una falcata, que era la espada utilizada por nuestros antepasados, y llevaba la cabeza cubierta con un casco, con una gran cimera. Vicent nos dijo que el original estaba expuesto en el Museo Arqueológico de Valencia.

El tiempo iba pasando sin darnos cuenta y nosotros seguíamos embelesados escuchando las historias del guía, que nos transportaban dos mil cuatrocientos años atrás, caminando por aquellas calles, plazoletas, hornos, casas, algibes y otras construcciones de la época.

Se hacía tarde y finalmente abandonamos el poblado cruzando los restos de los dos torreones que flanqueaban la entrada principal. Allí, en la explanada, nos despedimos del guía.

El sol, que ya triste nos dejaba, lanzaba sus últimos rayos entre los pinos de Les Alcusses, creando una cálida atmósfera que parecía ambientada varios siglos atrás. La Torre, el Guerrero, el Bosquet, La Bastida, etc. El viaje había valido la pena: nos había hecho disfrutar, recordar a nuestros antepasados y había respondido todas aquellas preguntas con la que iniciamos el camino.